

En el monte trágico de Ushuaia

On the tragic mountain of Ushuaia

Juan José de Soiza Reilly

Penados que viven en libertad dentro del monte Susana²

Cárcel de la Edad Media

La cárcel de Ushuaia dispone de muy pocos talleres. Si no fuera porque la mayor parte de los penados cortan leña en el monte, el presidio sería un hermoso refugio de haraganes. Su ubicación en tierras áridas y casi improductivas, no le permite tampoco tener grandes talleres por falta absoluta de materia prima. ¡Está tan lejos!... Es un presidio creado con el viejo criterio de los penalistas de la inquisición:

— *El odio.*

Para los penalistas medioevales, las cárceles tenían la obligación de ser lugares de suplicio. Para ellos era un crimen aprovechar, como exige la ciencia jurídica moderna, el trabajo de los delincuentes en beneficio de la cultura humana. Eso nunca... En la Edad Media el trabajo de los presos era siempre infamante. Un delincuente surgía de su delito cual un monstruo incapaz de ser útil. Hasta el mismo nombre de la condena clásica ponía de relieve ese criterio:

— “*Condenado a trabajos forzados*”.

No era el trabajo hermoso, saludable, regenerador y constructivo, que ennoblece las almas. Era el trabajo forzado, estéril, sin provecho y sin fruto:

— *Abran un pozo*—gritaba el carcelero. Cincuenta o cien infelices esgrimían sus palas y sus picos. Sudaban trabajando, noche y día, hasta que el pozo llegaba a las entrañas de la tierra. Se oía otra vez la voz del carcelero:

² Publicado originalmente en: *Caras y Caretas*, N° 1801 (1933), 19-25. SUMARIO: Cárcel de la Edad Media | La tuberculosis | Un monte teatral | Dificultades para huir | La naturaleza carcelera | Los quejidos del monte | Historia del penado que, al salir en libertad, se gastó en una noche, todo lo que había ganado en el presidio durante veinticinco años de trabajos forzados | Historia de don Juan | El cocinero Fumara: mató por media vaca y devolvió una cartera con 1400 pesos | Fuga trágica a través del monte | Un hombre que asesina a ocho personas y que no tiene vicios | El incendio en el monte.

— *Ahora vuelvan a tapar el pozo.*

Después, se obligaba a los presos a llevar sobre las espaldas grandes moles de piedra. La caravana trágica llegaba hasta la cumbre con las piedras sobre las costillas. Los reos las echaban al suelo. Y en seguida vibraba la voz inquisidora: — *Carguen otra vez estas piedras y llévenlas abajo.*

Cuando se quería ubicar un presidio, se iba en busca de las tierras más salvajes; de los climas más hoscas; de los cielos más turbios. No se pretendía civilizar esas regiones tétricas. Se buscaba el fin humanitario de que los condenados perecieran más pronto...

El presidio de Ushuaia ha salido, sin duda, de la imaginación de un hombre medioeval. En primer término, se ha elegido el mejor clima para que todas las taras orgánicas de los delincuentes prosperen fácilmente. El frío, la nieve y los vientos que ejercen en los organismos sanos la virtud de un tónico, apresuran la catástrofe de muchos de estos hombres que, encerrados en sus celdas, pasan la vida sin otro trabajo que esperar a la muerte. Da miedo visitar la enfermería del presidio. Está repleta. Son cadáveres que quieren salirse de la cama. Unos piden a gritos que los saquen de aquí, que los lleven a paisajes con sol; que los libren de morir en la cárcel, porque morir en el presidio es volver a morir estando muerto. Otros piden en cambio, que los lleven al cielo:

— *¡Mátenme, por favor!*

El celador de la enfermería me dice una palabra escalofriante que me derrite hielo en la espina dorsal:

— *Son tuberculosos...*

— *¿Todos?*

— *Todos.*

Hace poco tiempo trajeron al presidio un joven alemán, Hans Woll, culpable de la muerte de su amante. Este pobre muchacho era hijo de un alto miembro de la magistratura de Berlín. Cuando el aviador Gunther Pluschow—muerto trágicamente de una caída de aeroplano en el lago Argentino—vino a Ushuaia, le entregó al alemancito cartas muy cariñosas que le enviaban sus padres. Woll había hecho la guerra en las trincheras. El amor lo trasplantó a Buenos Aires detrás de esa mujer. El hambre lo echó al crimen en brazos también de esa misma mujer. Se le acusaba del asesinato de la novia con quien él había gastado su fortuna. Cuando Hans Woll se quedó en la miseria, ella lo abandonó. El alemancito anduvo vagando, loco de hambre por las calles más luminosas de nuestro Buenos Aires. Una noche asesinó a la muchacha para robarle las alhajas. En el proceso, el joven explicó su crimen con la franca rudeza de un Enrique Heine:

— *Yo tenía hambre. Primero le pedí unos centavos para café con leche. Ella me los negó... Hacía tres días que yo no encontraba nada qué comer. Ciego de hambre*

enloquecido de debilidad, me acordé de lo que nos habían enseñado a hacer en las trincheras: cuando faltaban víveres, saltábamos heroicamente a la trinchera de nuestros enemigos. Allí matábamos para apoderarnos de un pedazo de pan.

En la cárcel sus compañeros le llamaban Tapón.

— *¿Por qué?*

Woll había sido en 1923, uno de los complicados en la gran evasión de la Penitenciaría Nacional. Fue la misma evasión en que logró escaparse Ramón Silveira, el ácrata famoso. Los presos abrieron, bajo el murallón de la Penitenciaría y del jardín, un túnel muy estrecho. El muchacho alemán vio que sus colegas huían por aquel agujero. Colocóse en la fila de los que esperaban y, al tocarle el turno de escapar, observó que todos entraban lentamente, con la cabeza hacia adelante. Woll creyó que sería más fácil, para salir más pronto, avanzar al revés: con los pies adelante. Empezó a arrastrarse pero, en mitad de la galería subterránea, se atascó de improviso. Una curva violenta del terreno impidióle avanzar. Detrás del alemán, otro preso se introdujo en la misma postura.

— *¡Apurate!*—le gritaba el de atrás.

— *¡No puedo!*

— *¡Apúrate o te rompo la cabeza a patadas!*

Le pegaban en el cráneo desesperadamente. Woll no podía moverse. Obstruía con su cuerpo la salida del túnel.

— *¡Tapón!*

A partir de entonces, su apodo lo siguió desde la Penitenciaría Nacional hasta la cárcel de la Tierra del Fuego.

— *¡Tapón!*

En el presidio la conducta de “Tapón” fue ejemplar. A pesar de su organismo delicado, trabajaba en el monte Susana, soportando con entereza las nieves y los vientos. La nieve le llegó a los pulmones...

— *¿Dónde está Woll?*

— *Murió hace pocos días. Tuberculosis. La familia no sabe que ha muerto...*

También acaba de morir en el presidio Martín Alzogaray. ¡Y tantos otros que, en este monte trágico volteaban árboles y aserraron madera!

Sin embargo, un penado me dice:

— *¡Ah! Si no fuera por el monte Susana, yo me habría roto la cabeza contra las paredes de mi celda...*

La naturaleza carcelera

El monte Susana es un cerro muy alto, ubicado a la derecha del presidio de Ushuaia. Un espeso bosque cubre su falda y llega hasta la

cumbre. Todas las mañanas, al amanecer, sale del presidio en dirección al monte un convoy Decauville llevando a los penados. Son cien y a menudo doscientos obreros que tienen a su cargo la tarea de derribar los árboles. El tren es un conjunto de pequeños vagones de carga, arrastrados por una locomotora de maní caliente. Los penados se ubican, sentados al borde de las zorras, estrechamente unidos por la falta de espacio, con las piernas colgando en el vacío. El tren recorre para llegar al monte diez y siete kilómetros. Es un pintoresco sendero de árboles tronchados por el hacha o carcomidos por el fuego de los grandes incendios que aquí se reproducen con frecuencia. Se dice que a la Tierra del Fuego le dieron este nombre por los fogones que hacían los indios en sus campamentos. Acaso los viejos navegantes confundieron fogones con incendios... La madera del coigüe arde con facilidad, y podría decirse que espontáneamente. Acaso la madera contenga alguna cualidad fosfórica. Lo cierto es que, según los indios yaganes, “cuando un tronco de coigüe se derrumba sobre otro, produce un fogonazo”. De manera que basta una chispa de la leña de la locomotora para que el fuego emprenda su labor artística.

Durante el trayecto, el convoy anda con dificultad. Los rieles están flojos. La maquina avanza y retrocede. Cruje. Sopla. Resopla. Da nerviosos saltitos de fox-trot. Se estremece de nuevo. Y torna a sus saltitos. Es un tren juguetero. Los penados tienen la costumbre de poner apodos. A este tren saltarín le llaman:

— *La coqueta.*

Un detalle curioso del presidio de Ushuaia—detalle que el público, en general, ignora—es que dentro del monte, en pleno corazón de la selva, viven, de día y de noche, numerosos penados, con permiso de las autoridades. Ellos mismos se han construido viviendas con chapas de cinc, piedras y maderas. Se hacen la comida. Toman mate. Conversan y pasean como si vivieran en la más absoluta libertad. Lo único que no pueden hacer es escaparse. La naturaleza, cómplice de las rejas, los encierra en el monte con sus cumbres altísimas. Los cerros que dan al mar son tan escarpados y caen tan a pique, que no es posible deslizarse por ellos. Sólo un gran pruebista de la natación podría animarse a dar un salto desde trescientos metros. Del otro lado de los montes están las altas cumbres, donde el hielo no se derrite nunca. Los penados saben que la libertad de que disfrutaban en el monte no tiene más que un límite: la muerte. Por un lado, el canal de Beagle, con sus olas furiosas; del otro lado, la nieve hostil y bárbara de los ventisqueros, que se traga vivos a los seres humanos...

La canción del monte

Los penados que viven permanentemente en el monte Susana, son hombres de conducta ejemplar. Muchos de ellos están condenados a reclusión perpetua. Uno de ellos, muy viejo, suspira:

— *Yo no saldré nunca en libertad.*

— *¿Por qué no? Muchas veces la buena conducta puede hacer que los jueces intercedan en favor de un indulto.*

— *¿Los jueces?*

Sonríe con un altivo gesto de sarcasmo. De acuerdo con las leyes del país, los jueces tienen la obligación de visitar las cárceles una vez por año. Deben hablar con los penados; oír sus quejas; atender sus pedidos; aprovechar todas las ocasiones para regenerarlos. Y no son pocos los delincuentes que, en otras cárceles, se han convertido en hombres útiles por el solo contacto de una mano bendita que los sacó del pozo.

— *¿Sabe usted—me dice el viejecito—cuántos años hace que los jueces no vienen al presidio de Ushuaia? Veinte años... Hace veinte años que nadie nos visita. Y si supiera usted la cantidad de muchachos y viejos inocentes que han muerto en el presidio, olvidados para siempre de quienes tenían la obligación de venir a salvarlos. ¡Cuántos se habrían salvado si un juez de conciencia los hubiera oído con ternura, con amor, con justicia! Y los hay todavía que esperan la llegada de esos reyes magos. Menos mal que en el monte nos olvidamos de nuestras amarguras.*

En efecto. El monte Susana es para ellos un reflejo de la verdadera libertad. Aun en las épocas crudas, cuando se trabaja con las piernas hundidas en la nieve, la fajina del monte resulta mucho más agradable que vivir en la celda. Mientras cortan leña o cargan las maderas, se libran del chaleco de fuerza de los cuatro muros del presidio. Entre la nieve, se sacan de encima la lápida del techo... ¡Y con qué entusiasmo se entregan al trabajo! Poca tarea tienen los guardianes. Los presos realizan su labor con ahinco. Durante todo el día el monte es una fragua. Se diría que las arboledas tienen alma. El bosque se queja con un lamento continuado y triste, que parece brotar del pecho de un gigante. Es el jadeo de los leñadores. Al esgrimir el hacha para dejarla caer sobre los troncos, o al serruchar las ramas de los robles fueguinos, cada penado hace un ruido gutural, angustioso, monocorde, sombrío. Este ruido, agregado al murmullo de las herramientas y al crujido de los árboles rotos, expande en la atmósfera una música que se filtra en el corazón y que nos estremece, con la monotonía plañidera y trágica de una canción del Volga...

Visiones de la selva

El campamento de los penados que viven en el monte, es nómade. Va cambiando de sitio a medida que las hachas avanzan. Actualmente los obreros invaden el Cañadón del Toro. Aquí están ahora las covachas de los presos y los cobertizos para los animales. Tienen bueyes, vacas y novillos. Si no fuera por los trajes rayados, nadie creería que estos hombres son presos; nadie diría que estamos en una sucursal agreste de la cárcel. Más que dependencias del presidio parecen ranchos de puesteros en los dominios de una estancia.

— *¿Quiere un mate, señor? ¿O un vasito de leche?...*

Está en el campamento un viejo de perita blanca—el penado Juan Gómez—que hace los honores de la casa. Es un viejo admirable. Sus compañeros de prisión le llaman simplemente:

— *Don Juan.*

Trabajador, educado, respetuoso, es el mejor consejero de todos. Nació en Córdoba, donde tiene un hermano. Hace veinte años cometió un crimen pasional que lo trajo al presidio. Poco tiempo después de su llegada a Ushuaia juró matar a uno de sus guardianes, de apellido Caneda, que lo había castigado injustamente. Pero en la obscuridad, en vez de matar a Caneda mató a otro guardián, a quien ni siquiera conocía de vista. Lo condenaron a cadena perpetua... Hoy, el guardián que lo vigila, es un hijo de aquel mismo Caneda a quien juró matar.

— *Y ahora—le pregunto a don Juan—¿sigue siempre alimentando su idea de venganza?*

— *¡No! Libreme Dios de semejante crimen. Aquello fue un arrebato de locura. Además, el hijo es tan bueno, que aunque el padre me volviera a castigar injustamente, yo lo perdonaría en homenaje al hijo.*

La vigilancia del campamento está a cargo del celador Caneda y de dos guardianes. Pero los presos no dan ningún trabajo. Encontré a Caneda sentado en su refugio leyendo a los guardianes un libro con figuras.

— *¿Qué libro es ese?*

— *Son “Las mil y una noches”...*

Cada uno de los penados que trabaja en el monte percibe un estipendio: desde veinte centavos hasta un peso por día. Muchos disponen de un haber superior a mil pesos. Cada semestre se les entrega el 10 % de lo que han ganado, para comprar cigarrillos, azúcar, ropa interior, etc. Algunos al dejar el presidio salen con sus buenos ahorros. Así, en la calle, no tienen que pedir limosna.

— *Lástima—me dicen—que no haya podido conversar con Fierro.*

— *¿Quién es Fierro?*

Es un negro que salió hace poco en libertad. Estuvo veinticinco años en la cárcel. Al salir le entregaron el producto de sus veinticinco años de trabajos forzados: *cerca de dos mil pesos...* El negro no sabía qué hacer con tanta plata. Antes de embarcarse para Buenos Aires se fue a visitar a unas amigas del suburbio. Las chicas eran pobres. Les regaló vestidos; las obsequió con sombreros extraños y con medias suntuosas; y les compró las joyas más ricas que encontró en las tiendas y almacenes de Ushuaia. Al día siguiente el negro Fierro se embarcó para Buenos Aires sin un solo centavo. En el espacio de un día de libertad, habíase gastado el producto de veinticinco años de lucha con el monte. Aquel negro merecía ser blanco...

La historia del cocinero

El cocinero del campamento es el penado 270. Se llama Francisco Fumara. Su conducta en el presidio es ejemplar. Dentro de seis años termina su condena. Ya lleva diez y nueve...

— *Yo quisiera salir. Yo soy un hombre bueno...*—me dice.

En realidad, a mí me parece un hombre bueno. Su historia consta de dos aventuras que se contradicen. Es una historia que puede servirnos de argumento a los que creemos en la rectificación de las almas torcidas.

Francisco Fumara tenía en Villa Devoto hace diez y nueve años, un pequeño tambo en condominio con un socio. El tambo era modesto: una sola vaquita con su pobre ternero. Ambos socios la habían comprado con sus economías. Cuidaban al buen animal paternalmente. Su pobreza no les permitía gastar mucho dinero en la compra de pasto. Pero se arreglaban. En un terreno de la vecindad descubrieron un plantío de exquisita alfalfa. Cada noche, uno de los socios, por turno, se deslizaba bajo los alambrados, robando la alfalfa que la vaca comía al día siguiente.

Una noche le tocaba ir al socio. Sabe Dios qué racha de viento norte encegueció a Fumara.

— *¡Qué alegría!*—pensó—*si yo fuera el único dueño de esta vaca!*

Preparó con un alambre de púa una trampa de lazo, en el mismo alambrado por donde debía de pasar su socio. El compañero, arrastrándose, fue a deslizarse por debajo del cerco y metió la cabeza en el lazo, Fumara dio un tirón y estranguló a su amigo...

Por robar media vaca, no vaciló en cometer ese crimen infame.

Pues bien: hace poco, uno de los empleados del presidio, el señor Ramos, perdió en el monte Susana una cartera donde guardaba mil

cuatrocientos pesos que acababa de cobrar en concepto de sueldos atrasados. Perder en el monte Susana una cartera, es, más o menos, lo mismo que perderla en el mar. La extensión del monte es considerable; las ramas y las hojas cubren los senderos a medida que se pasa por ellos. Además, en el monte trabajan doscientos penados, que pueden esconder la plata debajo de las piedras. Con mil cuatrocientos pesos, ¡cuántos planes de fuga, cuántas goletas de piratas esperando en el puerto!... El cerebro de los encarcelados es una maravillosa retorta de proyectos fantásticos. Todos piensan:

— *¡Si tuviéramos plata!*

La desesperación del señor Ramos llegaba al paroxismo. Apareció Fumara que volvía del monte. Se dirigió a uno de los celadores:

— *Encontré esta cartera con billetes de banco. No es mía. Tómela...*

Aquel hombre que, diez y nueve años antes, había degollado a su socio para robarle media vaca, devolvía a su carcelero mil cuatrocientos pesos...

Una fuga

Las únicas flores que nacen en este monte trágico se llaman “margaritas del pantano”. Servirían para adornar las celdas de los presos. Tienen colores luminosos, radiantes, pero ¡ay! en cuanto se las corta para hacer un ramito, exhalan un agudo perfume de lodo putrefacto.

Hace tiempo que los penados se dedican a talar esta selva. Pronto llegará el día en que los 500 presos ya no tengan nada que aserrar. ¡Con qué furia estéril han destruido esta magnífica arboleda fueguina! Se ve que el único objeto que ha guiado al hacha y al serrucho fue la misma voz del carcelero medioeval:

— *Abran un pozo... ¡Tápenlo!*

Se me dirá que en los talleres se hacen muebles, etc. Lo sé. Los he visto... Pero ¿qué ganancia o qué compensación representan esos modestos trabajos de carpintería en una cárcel que consume tanto dinero a la Nación? Cada penado cuesta por día: *siete pesos con diez y siete centavos*. El presupuesto anual del presidio asciende a un millón y medio de pesos argentinos...

— *¿Ningún penado intenta escaparse por el monte?*

— *Algunos.*

Entre ellos, el más reciente ha sido un portugués, de apellido Alvarez, asesino temible que mató no sé dónde a una familia entera; degolló a ocho personas. Alvarez se escapó del presidio una noche de invierno,

casi desnudo—porque se quitó el uniforme de penado—y descalzo, porque para huir sin ruido se sacó los botines. Corriendo, con un frío espantoso, escondióse en el monte. Dos guardianes envueltos en pieles salieron a buscarlo para conducirlo vivo o muerto. La persecución bajo la nieve fue un fracaso. Uno de los guardianes, conocido por el “Chingue”, fue encontrado varios días después sentado en el tronco de un árbol y cubierto de nieve. Había muerto de frío. El caballo en que había ido al monte, no se encontró jamás. Entre tanto, el prófugo, en camiseta, sin abrigo, pasó la Cordillera. Lo capturaron, por casualidad, en Río Gallegos. Lo tomaron preso cuando ya se creía libre para siempre.

Fui a verlo. Para entrar en conversación le ofrecí cigarrillos. Me contestó con una voz muy dulce:

— *Le agradezco, señor, pero no tengo vicios.*

Un celador me cuenta:

— *La mayor parte de los penados se conocen de memoria el mapa de la Tierra del Fuego, con detalles que no figuran en los mapas oficiales. Todos los meses se hace una severa requisa en las celdas. Se revuelve todo. Sin embargo, al abrir los colchones y las almohadas se encuentran siempre planos orográficos de la Tierra del Fuego dibujados microscópicamente. Se les saca de entre las ropas cuchillos y navajas. A uno le encuentran, a menudo, ropas interiores de mujer fabricadas por él con tejidos de su propia invención...*